

turias precedentes daría lugar a un asombroso y riquísimo catálogo de las principales figuras del clero secular diocesano. En esta tarea pueden colaborar los propios sacerdotes, así como también los distintos centros de formación e investigación que tiene la Iglesia española: facultades eclesiásticas, institutos diocesanos de teología, seminarios, archivos eclesiásticos, etc.

No resta sino felicitar efusivamente a Vicente Cárcel Ortí y a la Biblioteca de Autores Cristianos por el monumental esfuerzo realizado que comienza a poner fin al secular olvido del sacerdote diocesano, ese «*sufrido colectivo* poco conocido y apreciado por los mismos católicos y no siempre debidamente valorado por la Jerarquía» (p. 19).

F. Labarga

Lamberto de ECHEVARRÍA (†) - Bernardino LLORCA (†) - José Luis REPETTO BETES, *Año cristiano*, VIII: Agosto, IX: Septiembre, X: Octubre, XI: Noviembre, y XII: Diciembre, BAC, Madrid 2005, 1226 pp., 1204 pp., 812 pp., 810 pp. y 1052 pp.

A partir de la promulgación oficial de la edición típica del nuevo *Martirologio romano* en 2001, la BAC ha acometido el notable proyecto de poner al día el *Año Cristiano* que, después de dos ediciones, permanecía agotado desde hace años. Los motivos por los que no se ha procedido a reeditarlos antes los señala J. L. Ortega en la presentación de la obra: tanto el creciente número de nuevas canonizaciones y beatificaciones durante el pontificado de Juan Pablo II, como la larga espera del nuevo *Martirologio* que, habiéndose empezado a preparar en 1966, no vio la luz hasta la fecha señalada más arriba, tiempo durante el cual se ha depurado dicho libro litúrgico de acuerdo con los criterios históricos y doctrinales más rigurosos.

Por su parte, los criterios según los cuales se ha llevado a cabo la realización del nuevo *Año Cristiano* han sido, según su coordinador,

el deán de la catedral de Jerez de la Frontera, José Luis Repetto Betes, los siguientes: Se han respetado los textos hagiográficos de la edición anterior, debidos muchos de ellos a especialistas de primera línea, añadiendo tan sólo las variaciones precisas (por ejemplo, en el caso de un beato ya canonizado) y la bibliografía actualizada. En el caso de que haya cambiado la fecha de su conmemoración, lógicamente se han incluido en la que señala el nuevo *Martirologio*. Los nuevos santos y beatos se han incluido en su fecha correspondiente; y aquellos que ya no aparecen en el *Martirologio*, pero tenían su biografía en la edición anterior, se han incluido como apéndice al final de cada volumen. En otro apéndice se incluyen los santos (y algunas festividades) que se celebran en las diócesis españolas, pero que no aparecen en el *Martirologio romano*, así como las celebraciones propias de los calendarios de todas ellas correspondiente al mes en cuestión. Concluye cada volumen con un índice onomástico de todos los santos y beatos citados.

Dada la avalancha de beatificaciones y canonizaciones de las últimas décadas, signo precioso de la vitalidad siempre nueva de la santidad en la Iglesia, la inclusión de estos nuevos santos ha obligado a pasar de los anteriores cuatro volúmenes, a los doce de esta edición, uno por cada mes del año. El esquema según el cual se ha procedido para cada día del año es el siguiente: En primer lugar se incluye el martirologio romano, que permite conocer qué santos y en qué lugares reciben culto ese día; seguidamente se incluyen las denominadas biografías extensas (por lo regular, entre seis y diez páginas) correspondientes a algunos de esos santos o beatos, atendiendo a su importancia en el santoral por uno de los siguientes criterios: ser más conocido, especialmente para los lectores de lengua hispana, más significativo de una época o un contexto histórico, o ser fundador de una orden, congregación o movimiento eclesial. En tercer lugar, se incluyen una serie de biografías breves (desde un párrafo a una página), escritas por Repetto

Betes, que permiten conocer, al menos, los rasgos esenciales del biografiado.

Desde luego, la impresión general que provoca este nuevo *Año Cristiano* es, en principio, la del apabullamiento. Es tal la cantidad de información que se sumistra que provoca cierto susto en quien coge en sus manos y hojea cada uno de sus volúmenes, todos por encima de las ochocientas páginas de letra bien apretada, y muchos superando ampliamente el millar. Luego, con más reposo, se puede disfrutar largamente de este valiosísimo elenco de *los mejores hijos de la Iglesia*. Su utilidad es, sin duda, muy amplia: desde la lectura científica del investigador hasta la lectura espiritual, pasando por el aprovechamiento en la catequesis y en la predicación. La vida de los santos sigue siendo hoy para los católicos alimento de vida espiritual porque en ellos, hombres y mujeres de todas las épocas, latitudes y culturas, encontramos magníficos y heroicos ejemplos de fidelidad a Jesucristo, el Santo entre los santos. Su testimonio, hoy como siempre, es estímulo que anima en el camino cotidiano de la vida cristiana.

Sin duda, es preciso felicitar efusivamente tanto a la BAC como a Repetto Bettes, coordinador de esta nueva edición del *Año Cristiano*, porque han puesto al alcance del gran público un auténtico tesoro, no sólo bibliográfico y documental, sino también de rica espiritualidad que ayuda a descubrir en su misma variedad de formas concretas la llamada universal a la santidad. Sólo podría hacerse una mínima crítica, y es el de haber llevado a rajatabla el criterio de mantener los textos íntegros de la edición anterior. Si bien es cierto que, en la inmensa mayoría de los casos, se trata de textos magníficos debidos a especialistas y plumas de primer orden, su incorporación tal cual ha dado lugar, a mi modo de ver, a dos problemas graves: el primero de ellos es la desproporción que se observa entre los textos antiguos y los nuevos, de forma que santos de raigambre indiscutible ocupan una extensión notablemente inferior a otros santos y beatos más recientes,

evidentemente de menor o más reducida trascendencia. Este problema parece una transposición del que, de igual forma, se está dando en los textos litúrgicos, donde los oficios de santos recién canonizados ofrecen una mayor riqueza que otros de primerísima importancia objetiva, v. g. por citar sólo uno de estos últimos y de reconocimiento unánime e indiscutible, san Francisco de Asís, al cual en el volumen décimo le ocurre algo parecido y no hay más que compararlo con los de días posteriores.

La otra dificultad procede igualmente del mantenimiento íntegro de los textos antiguos: en algunos casos, estos se han quedado pasados de moda; no podemos olvidar que la sensibilidad cambia con los tiempos y que cierto tipo de hagiografía muy del gusto de los lectores piadosos de las décadas anteriores al Concilio Vaticano II hoy resulta difícil de digerir; por otra parte, en ciertos casos, el acercamiento a la figura de los santos o a ciertas devociones, incluso muy arraigadas, es muy distinto al que pudo hacerse legítimamente en la época en que se redactó la primera edición. Como ejemplo de este segundo problema, y por no salir del volumen décimo, voy a indicar tan sólo el relato correspondiente a la fiesta de Nuestra Señora del Pilar el 12 de octubre.

F. Labarga

John EDWARDS, *La Inquisición*, trad. Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona 2005, 211 pp.

He aquí un tema que ha hecho correr y sigue derramando ríos de tinta en el ámbito académico y más allá. Tema que escandaliza y perturba la sensibilidad de nuestra sociedad, tan separada de aquella que la vio nacer y al mismo tiempo tan desorientada en el maremagnum de opiniones y juicios no siempre ecuanímes que se expresan sobre la polémica institución. Así lo refleja el bello adagio latino que la editorial Crítica ha hecho suyo: *Tempo-*